

la tierra, que somos los hombres. Antes de cualquier manera y con cualquier ocasion que vamos á Él, nos acoge y recibe con buen rostro, y por mucho que nos haya rogado é importunado infinitas veces, y convidádonos con su casa, y llamado y dado aldabadas á nuestra puerta, y nosotros, como malos criados, no le hayamos respondido ni hecho caso de sus ofertas, promesas y regalos, si despues, forzados de la necesidad y como por los cabellos, no hallando remedio ni consuelo, ni adónde poner el pié en alguna criatura, volvemos á Él y le suplicamos que nos admita en su casa, nos sale al encuentro, y con los brazos abiertos nos acoge, y se olvida de las veces que nos rogó y no quisimos, por el deseo amorosísimo que tiene de nuestro bien.

Esta manera, pues, podemos merecer y hacer que sea voluntario lo que de suyo no lo es. Y puesto caso que la sensualidad y la flaqueza de nuestra naturaleza repugne y sienta su dolor, y quiera salir dél, y busque los medios para ello, no por eso desmayemos ni pensemos que está todo perdido, ántes venzamos con la razon y con la voluntad libre y superior esta natural inclinacion, y sustentemos con el espíritu del Señor y con esta nuestra resignacion y sujecion nuestra flaqueza, porque ésta es la que mira y galardona el Señor, el cual nos deja la otra inferior inclinacion para ejercicio y materia de virtud, y para que sea tanto más ilustre nuestra vitoria, cuanto más dura hubiere sido la pelea.

## CAPÍTULO XVI.

De los remedios particulares que habemos de usar en las particulares tribulaciones.

Los medios que habemos dicho en los capítulos pasados para aliviar nuestras penas y hallar descanso en la tribulacion son remedios generales, de los cuales nos podemos aprovechar en cualquier linaje que tengamos de cruz y aflicion, y ellos solos bastan, si sabemos usar dellos, para darnos entero consuelo y convertir nuestro llanto en alegría. Pero, demas destos remedios generales, hay otros, de que podemos usar como de medicinas propias para algunas enfermedades particulares, que cuando se aplican con sazón y tiempo tienen grande eficacia para sanarlas. De algunos destos remedios particulares tratarémos ahora con brevedad, remitiéndonos á lo que más difusamente otros muchos y graves autores han escrito.

Algunos hay que son muy afligidos de la pobreza, y más si en algun tiempo fueron ricos y ahora se ven pobres, ó tienen hijos y familia, sin hacienda para sustentarla, ni salud ni industria para ganarla; los cuales tanto más suelen ser combatidos, cuanto ven que otros que no son mejores que ellos son ricos y tienen copia y abundancia de los bienes temporales, y los gastan y derraman viciosa y superfluamente.

Estos tales, para su consuelo, deben considerar que el estado de la pobreza, aunque en los ojos de

los hijos del siglo sea despreciado y miserable, no lo es en los ojos del Señor, ántes es más alabado y tenido por más dichoso y bienaventurado que el de los ricos. Pues el unigénito Hijo de Dios, y Rey de gloria, y Príncipe soberano y Señor de todo lo criado, viniendo á este mundo, y pudiendo tomar el estado rico ó pobre á su voluntad, escogió suma pobreza, naciendo en un pesebre y muriendo en una cruz, y no teniendo cosa suya en la vida, ni dónde reclinar su cabeza en la muerte, ni despues della, propia sepultura. Y pues él, siendo rico, y la mina, vena y fuente de todas las riquezas, se hizo pobre por nosotros, señal es que la pobreza, no solamente no es mala, pero que es camino más llano y seguro para alcanzar el tesoro de la gloria inestimable que esperamos. Que por esto el mismo Señor llama bienaventurados á los pobres y amenaza á los ricos (1), y por el Profeta dice (2) que los ojos del Señor miraban al pobre, y que sus oídos están atentos á los ruegos dél. Y Santiago dice (3) que Dios escogió á los pobres en este mundo para hacerlos herederos del reino que prometió á los que le aman.

Considere, lo segundo, que aunque las riquezas parezcan rosas, verdaderamente no son sino espinas, y así las llamó Cristo nuestro Señor en el Evangelio (4), porque lastiman y punzan el corazón con el deseo y solicitud de adquirirlas, y despues de adquiridas con el temor de perderlas, y cuando se pierden con el dolor y tristeza, la cual suele ser igual al amor y aficion con que se poseian. Y por esto dijo san Bernardo (5): «El amor insaciable de las riquezas mucho más affige el ánima con el uso dellas, que las recrea, porque el adquirirlas está lleno de trabajos, y el poseerlas de temor, y el perderlas de dolor.» Y en otro lugar dice (6): «Bienaventurado el que no va tras aquellas cosas que poseidas cargan, amadas ensucian, perdidas affigen. ¿No es mejor despreciar con honra lo que con dolor has de perder? Y demas destas congojas y zozobras que las riquezas causan en el corazón del que las desea, posee ó pierde, hay otros peligros más dañosos, de los cuales dice el apóstol san Pablo (7) que los que desean ser ricos caen en muchas tentaciones y lazos de Satanás, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, los cuales acarrearán al hombre muerte y perdicion. Porque la raíz de todos los males es la codicia, que es servidumbre de falsos dioses y un género de idolatría, y por esto el mismo apóstol ordena á su discípulo Timoteo que enseñe y mande á los ricos que no se desvanezcan y pongan su confianza en las riquezas, porque son inciertas y fugitivas, sino en Dios vivo, que es el que las da. Y el profeta David les dice (8)

- (1) Matth., v.
- (2) Psalm. v et x.
- (3) Jacob., xxii.
- (4) Matth., vii.
- (5) In quodam sermone.
- (6) Epist.
- (7) I, Tim., vi.
- (8) Psalm. lxi.

que si hubiere copia de riquezas, no pongan en ellas el corazón. Y conforme á esto, considere que los mayores santos han sido más pobres, y que muchos que eran ricos dejaron las riquezas, como carga pesada y embarazosa, para librarse de las molestias y peligros que traen consigo, y hallar más fácilmente á Dios. Y aun algunos filósofos y gentiles las menospreciaron de manera, que las echaron en la mar, para poder filosofar más libremente y atender al estudio de la sabiduría.

Considere asimismo que ni el deseo y codicia de las riquezas, ni el dolor y tristeza de la pobreza son parte para que el que es pobre se haga rico y salga de necesidad, sino para que ella se haga más insufrible y se acreciente con la pena. Y que, como dice Casiano (1), es gran desventura padecer las congojas de la desnudez y pobreza, y perder por nuestra culpa los frutos y tesoros que por ello podríamos alcanzar.

Finalmente, acuérdesese que ha de morir, y por ventura más presto de lo que piensa, y que saldrá deste mundo tan desnudo como entró en él, y que en aquella hora tendrá ménos cuidados y dolores que el rico, pues tendrá ménos que dejar y de que dar cuenta á Dios, y que por la pobreza llevada con paciencia y alegría irá á lugar de descanso con Lázaro mendigo; y si fuera rico, por ventura bajará á los infiernos, como lo hizo el rico avariento (2).

Y si en algun tiempo fué rico y se halló con abundancia y prosperidad, y al presente se ve pobre y cercado de hijos y necesidad, no por eso desmaye, sino ponga los ojos en aquel Señor que siendo rico, como habemos dicho, se hizo pobre para enriquecernos y darnos ejemplo con su pobreza; y diga, con el santo Job (3): «El Señor lo dió y el Señor lo quitó; sea su nombre bendito»; y haga gracias á nuestro Señor, que le quitó un enemigo que nos suele hacer cruelísima guerra, y muchas veces destruírnos y acabarnos. Porque, demas de los tres enemigos mortales que todos los hombres tenemos, que son: demonio, mundo y carne, los ricos tienen otro particular, que son sus mismas riquezas, las cuales con el regalo ablandan, y con la ocasion de pecar corrompen, y con la esperanza de salir con lo que quieren sin castigo, pervierten y arruinan sus ánimas. Por esto dijo el Espíritu Santo (4): «Si fueres rico, no serás libre de pecado.» Y san Agustín dice (5) que la codicia y amor de las riquezas no teme á Dios ni tiene respeto á hombre, no perdona al padre, ni conoce á la madre, ni obedece al hermano, ni guarda palabra al amigo; oprime á la vinda, atropella al pupilo, hace esclavos á los que son libres, dice falsos testimonios, entrégase en la hacienda de los muertos, como si los que lo hacen no hubiesen de morir; y añade: «¿Qué

- (1) Lib. vii, De instit. monast.
- (2) Luc., xvi.
- (3) Job, i.
- (4) Eccles., xi.
- (5) August., De verbis Domini.

locura y desatino tan grande, perder la vida y apeteer la muerte, adquirir oro y perder el cielo!»

Acuérdesese de lo que dice Job (6): «El rico cuando durmiere no llevará nada consigo; abrirá sus ojos y hallará las manos vacías.» En las cuales palabras nos da á entender dos cosas. La primera, que toda esta vida es un sueño, y que los que poseen muchas riquezas y grandes bienes y se tienen por ricos, realmente no lo son, sino que sueñan que son ricos. Delítanse en las riquezas que sueñan que tienen, y en despertando á la hora de la muerte, se hallan pobres, desventurados y con las manos vacías. La otra, que cuando duermen los ricos, como dice Job, abren los ojos, lo cual es contra el uso y costumbre de los que duermen. Porque cuando queremos dormir cerramos los ojos, y cuando despertamos los abrimos. Y el santo Job dice que cuando el rico duerme abre los ojos, para darnos á entender, como dice san Gregorio (7), que cuando muere y duerme el cuerpo en la sepultura, entónces se abren los ojos del alma, para ver y conocer que todas las cosas deste mundo son una representacion y vana figura. Y que hace Dios gran merced al que en esta vida le quita los estorbos y lazos de las riquezas, y hace que las deje ó pierda, ántes que ellas le dejen ó pierdan á él.

No se congoje si tiene familia que sustentar sin hacienda, y sin fuerzas ó industria para ganarla, ni por eso desfallezca; ántes confie en el Señor, que le dió el sér que tiene sin merecerlo, y lo hizo capaz de su gloria, y derramó su sangre por él, y sustenta los pajaritos del aire, y los peces de las aguas, y los gusanos de la tierra, que le dará todo lo que hubiere menester para criar los hijos y para sustentar la familia que el mismo Señor le dió, pues está á su cargo y nació con su confianza, y Él así lo tiene prometido, y muchas veces la falta que tenemos de socorro es por falta de confianza, ó por querer Dios nuestro Señor ejercitar la que tenemos y acrecentar nuestra fe. Pues es verdad infalible lo que dice el apóstol san Pablo (8), que nunca deja Dios al hombre de manera, que sea tentado sobre sus fuerzas, ántes cuanto son más fuertes las peleas, tanto son mayores las fuerzas que Él añade para que podamos resistir. Por esto el mismo Salvador llama á sí y convida á todos los cargados y afligidos para darles descanso, y les dice (9) que tomen sobre sí su yugo, y que así hallarán quietud y reposo para sus ánimas, porque su yugo es suave y su carga ligera. Y no lo sería si no fuese por este socorro y favor divino, con el cual alentada el ánima, puede en Dios lo que no puede en sí. Que aun por esto se llama esta carga yugo, porque le llevan dos, que son el hombre y Dios; que solo el hombre no puede, y en abajando el hombre la cabeza para llevar el yugo, parece que está del otro lado el Señor, ayudándosele

- (6) Job, xxvii.
- (7) Greg., lib. xviii, cap. xxi.
- (8) I, Cor., x.
- (9) Matth., xi.

á llevar. Para que diga, con el Apóstol (1): «Por la gracia de Dios soy todo lo que soy, y su gracia en mí no ha sido en balde, porque he trabajado más que todos, no yo solo, sino la gracia del Señor conmigo.

Lo mismo se ha de decir de la doncella honesta, pobre y desamparada, que no tiene un pedazo de pan que llegar á la boca, y es combatida de la necesidad y de los ministros del infierno para que se rinda y venda su castidad. Que esta tal se ha de abrazar con Jesucristo crucificado y desnudo, y resistir y estar fuerte á los fieros golpes de las duras piedras, como otra Susana, ántes que rendirse, y entrar en el horno encendido como los tres santos mozos, y dejarse abrasar, si fuere menester, de las llamas de la hambre y necesidad ántes que adorar la estatua de la deshonestidad (2). Porque desta manera no dude sino que Dios le enviará un Daniel que la libre, y el rocío del cielo que la socorra (3) y tiempale el incendio de Babilonia, y allí con ella estará en el horno regalándola el ángel, semejante al Hijo de Dios, y cuando él fuere servido que padezca y que muera, téngase por bienaventurada y dichosa, pues muere por Dios y es mártir por la castidad.

#### CAPÍTULO XVII.

Lo que habemos de hacer cuando estamos enfermos y en las muertes de los que bien queremos.

Esto es lo que toca á la pobreza. Veamos ahora lo que habemos de hacer y meditar cuando Dios nuestro Señor nos visita con dolores agudos y enfermedades. El Sabio dice (4) que no hay contento y alegría que se iguale al de la salud, la cual, puesto caso que cuando se tiene no se estima, pero despues de perdida se desea y llora, y al que no la tiene, todos sus placeres y gozos se le aguan y vierten, y la enfermedad es tan penosa y triste porque nos quita la salud, que naturalmente es la cosa más alegre y deleitable que tenemos, y más si es grave, prolija y dolorosa, que entónces es menester mucha gracia del Señor para llevarla con paciencia. Pues el que se halláre en este trabajo y aflicion, consuele sus penas con las consideraciones siguientes.

Primeramente entienda que Dios es padre y que no se las envía porque se huelgue con ellas, sino para su emienda y correccion, y para desegarle del amor de las cosas sensibles y descartarle de todos los apetitos de la carne, y acordarle que no es ésta su patria, sino una como venta, y que es en ella peregrino y desterrado. Mire mucho y esté atento á este corazon de Dios, y no considere tanto las manos que le hieren como el corazon y amor paternal con que le hiere, y el fin por que le hiere y castiga. Ablande y enternezca y regale su ánima con la vista y consideracion deste corazon

(1) I. Cor., x.

(2) Dan., xiii.

(3) Dan., iii.

(4) Eccles., xxx.

blando, tierno y amoroso del Señor, el cual, como dice san Bernardo (5), porque sabe que algunos, si tuviesen salud, le ofenderian, se la quita para que no le ofendan; á los cuales es provechosa para su salvacion la enfermedad, pues la salud les seria dañosa y para su condenacion. Perniciosa, dice este santo, es la salud que quita al hombre el freno y le aparta de la obediencia, y saludable es la enfermedad con la cual el Señor le castiga, pues por ella se ablanda y humilla el corazon. Y hay algunos corazones tan rebeldes, que no se pueden domar ni ablandar sino á puros golpes de dolores y tribulaciones.

Lo segundo, piense que, como dijimos arriba, es gran merced de Dios enflaquecer y debilitar al enemigo que nos hace guerra, y quitarle las armas con que nos la hace. Y no hay duda sino que la salud suele ser á muchos ocasion de caer, y la enfermedad de levantarse; que por esto dijo el real profeta David: «Multiplicado se han sus enfermedades, y con esto se dieron priesa á buscarlos»; lo cual hace la enfermedad, purgando, alumbrando y perfeccionando el ánima áun más eficazmente que las otras tribulaciones que nos caen de fuera.

Demas desto, considere los grandes y maravillosos provechos que puede sacar de la enfermedad, tomándola como de la mano del Señor, y ofreciéndosela como por penitencia y satisfacion de sus pecados, los cuales ha de pagar y purgar, ó en la otra vida, á buen librar, con las penas del purgatorio, ó en ésta, afligiéndose voluntariamente para satisfacer por ellos. Y porque somos perezosos y flojos, y amigos de nuestra carne, el Señor nos envía con su particular providencia los trabajos y las enfermedades, para que, llevándolas con sufrimiento y alegría, y conformándonos con su voluntad, hagamos virtud de la necesidad, y paguemos como compelidos lo que habíamos de pagar, y no pagamos de nuestra espontánea voluntad. Porque es nuestro Señor tan piadoso y benigno, que acepta estas mismas penas llevadas con paciencia, como si de nuestra propia voluntad las tomásemos y se las ofreciésemos. Y no mira tanto á la parte que tienen de fuerza y necesidad, como á la que tienen de voluntad, con la cual queremos lo que no queremos, y le ofrecemos por sujetarnos á su beneplácito y divina disposicion, como arriba se declaró.

De un santo que cada año solia enfermar se lee que faltándole un año la enfermedad, se afligió en gran manera, pensando que le habia desamparado el Señor, y que le suplicó que le volviese la enfermedad.

Un ermitaño, habiendo sido herido acaso de una saeta, pidió á Dios que le durase toda la vida aquella herida, para que con el dolor della reprimiese más fácilmente los deleites sensuales.

El glorioso principe de los apóstoles, san Pedro, estando su hija santa Petronila enferma, fué pre-

(5) De interiori domu, cap. xlvi.

guntado por qué no le daba salud, pues la daba á todos los dolientes que venian á él, y bastaba sola su sombra para que, tocados della, quedasen libres de cualquiera enfermedad; y respondió que á su hija le convenia estar enferma, y que por eso no le daba la salud; y para que se entendiese ser ésta la causa, se la dió un poco de tiempo, y despues se la quitó.

Entre los milagros del bienaventurado patriarca santo Domingo se escribe (1) que en Roma habia una santa mujer que se confesaba con él y recibia á menudo de su mano la sagrada comunión. Ésta padecía una enfermedad horrible y penosa, porque tenia los pechos de tal manera podridos y encanecidos, que le hervia y salia dellos gran cantidad de gusanos; y como el Santo se compadeciese della y le hiciese lástima ver tan fatigada aquella religiosa mujer, rogóle un día que le diese un gusano de aquellos que salian de sus pechos. Diósele, pero con condicion que se le habia de volver. Era el gusano grande y de una cabeza negra, y tomándole en las manos santo Domingo y mirándole atentamente, se convirtió en una rica y preciosa piedra. La santa mujer cuando la vió se enterneció, y alcanzó, con muchas lágrimas, del Santo que se le volviese, y tornóle al pecho de donde le habia sacado, y luégo se volvió gusano como ántes. Y despues de haber nuestro Señor probado la paciencia desta santa mujer, al cabo la consoló y sanó por las oraciones deste santo patriarca. Vese por este ejemplo que los que toman las enfermedades, por más que sean asquerosas y dolorosas, con sufrimiento y alegría, los gusanos se les convierten en joyas, y las mismas penas, por particular gracia y favor del Señor, les sirven de consuelo y regalo.

No solamente en el campo ha de pelear el cristiano, sino tambien en su casa, ni solamente se ha de derramar la sangre cuando el tirano y el enemigo le aflige y atormenta, sino tambien en la cama ha de mostrar el pecho valeroso y constante, cuando el mismo Dios, que es verdadero y fiel amigo, le pone á cuestion de tormento con fuerza del dolor, y sin cuchillo del perseguidor le da ocasion para alcanzar la corona, y ser de voluntad mártir por su amor.

Acuda á aquel remedio que pusimos arriba, que es el más poderoso y eficaz de cuantos podemos tomar, y considere atentamente al Unigénito del Padre y purísimo Hijo de la Virgen y Madre, enclavado por su amor en una cruz, sin tener parte en su cuerpo que no fuese atormentada con su propio y acerbísimo dolor; que por esto le llamó el profeta Esaías (2) varon de dolores y que sabia de enfermedades. Y dice que tomó sobre sí nuestras dolencias y padeció nuestros dolores, y que fué tenido como leproso, y herido y humillado de Dios; pero que él habia sido llagado por nuestros

pecados y afligido por nuestras maldades y disciplinado por nuestras demasias, para que con sus cardenales nosotros fuésemos heroseados y alcanzásemos paz y salud.

Si la pena ó tribulacion naciere de la muerte del marido ó mujer ó hijos, ó otra cualquier persona querida y amada, consolémonos en el Señor, considerando que el que nos la dió nos la quitó, y que es más justo alabarle por el tiempo que nos la dió, que quejarnos porque la llevó, pues es Señor de todos y de todo, y sin hacernos agravio, puede hacer de su hacienda lo que es servido. Y si falleció la tal persona con conocimiento de Dios y con los sacrosantos sacramentos de la Iglesia, puede tener confianza que goza ya ó gozará muy presto del Señor, y debe más alegrarse con ella por el gozo y gloria que tiene, que entristecerse de su soledad y de la falta que le hace, pues el verdadero amor no pone los ojos en sí, sino en el bien del amado, y considerando las miserias y calamidades que hay en el mundo, de las cuales le libró Dios, sería falta de conocimiento ó de verdadero amor el tomar pena de verle libre, y congojarnos de lo que nuestro querido tiene alegría.

Acuérdese que muy presto, y por ventura más de lo que piensa, seguirá al que fué adelante, y no se fatigue porque el que bien quiere llegó poco ántes que él á su patria, sino aparéjese él y disponga sus cosas para ir á ella, y procure de llegar al mismo puerto, donde jamas le perderá de vista.

Venza con la razon el dolor, pues no tiene remedio, como lo hizo David (3), y la llaga que suele curar el tiempo, cúrela él con la obediencia y prudencia cristiana, conformándose en todo con la voluntad del Señor, el cual lloró por la muerte de Lázaro (4), para enseñarnos la flaqueza de nuestra humanidad, y para esforzarla, mandó á la viuda que lloraba la muerte de su unigénito hijo, que no llorase (5). Y el apóstol san Pablo (6) nos manda que no lloremos como los gentiles, que no esperan lo que los cristianos esperamos, ni se pueden consolar con la esperanza de la resurreccion y vida perdurable, reprendiendo, no el sentimiento, porque éste es natural, sino el demasiado y desordenado sentimiento, causado del amor propio ó de la infidelidad.

El glorioso pontífice y esforzado mártir san Cipriano, en una pestilencia cruel que hubo en su tiempo, escribió un libro, que intituló *De mortalitate*, para consolar y animar á los cristianos, en el cual, entre otras cosas admirables que escribe, dice que Dios nuestro Señor muchas veces le reveló y le mandó que enseñase y predicase que cuando morian y eran llamados de Dios nuestros hermanos, no habian de ser llorados, pues no los perdiamos, sino los enviábamos delante, y estaban ya fuera de los peligros de la navegacion, y habian llegado

(3) II. Reg., xii.

(4) Joan., xi.

(5) Luc., vii.

(6) I. Tess., xiv.

(1) Ant., iii, p. hist., tit. xxiii, cap. iv, §. 40.

(2) Esaí., liii.

al puerto de tranquilidad, y que no se había de dar ocasion á los gentiles para pensar que es fábula lo que los cristianos creemos, viendo que por una parte lloramos tan sin consuelo á los que por otra decimos que viven y gozan de Dios, y para juzgar que somos prevaricadores de nuestra fe y que es vana nuestra esperanza, y que todo lo que predicamos es fingido y compuesto.

Pues si nuestra congoja naciere, no de la muerte del que bien queremos, sino del temor y espanto de la nuestra, que por ser la cosa más terrible de todas las humanas, es la que más nos suele afligir, demas de las consideraciones que habemos dicho, que tambien para esto nos podrán servir, acordémonos de lo que el mismo san Cipriano dice en aquel mismo libro *De mortalitate*, y es, que estando un santo obispo y compañero suyo muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenía presente, suplicase á nuestro Señor que le alargase la vida, le apareció un ángel en figura de un mancebo, de rostro hermosísimo y aspecto venerable y resplandeciente, que con voz grave le dijo: *Pati timetis, exire non vultis, quid faciam vobis?* Temeis el padecer, no quereis salir; ¿qué quereis que os haga? Y dice que le dijo el ángel estas palabras para que en su agonía las dijese y enseñase á los demas.

#### CAPÍTULO XVIII.

Cómo se deben consolar los casados que no tienen hijos.

Hablemos del estado de los casados, y consolémoslos en las aflicciones y tribulaciones que tienen, anexas á su estado, que no son pocas ni pequeñas; y primeramente tratemos en este capítulo de las mujeres casadas que son estériles y privadas del fruto de bendicion, y por eso se congojan y afligen demasadamente. Este deseo de tener hijos los casados es natural y muy vehemente, especialmente en las mujeres. Raquel, mujer de Jacob (1), viendo que su hermana Lia tenía hijos y ella no, se afligió de manera, que moria de dolor, y con la impaciencia dijo á Jacob: «Dame hijos, porque si no me los das, me moriré.» A la cual con enojo respondió Jacob: «¿Soy yo por ventura Dios, que te pueda dar hijos, el cual te ha privado del fruto de tu vientre?» Tambien se ve este mismo afecto en Ana, madre de Samuel (2), la cual, viéndose estéril y que no paria, se deshacia en lágrimas y andaba triste y desconsolada, y atravesado el corazón de dolor. Argumento asimismo deste vehemente afecto son los extremos que hacen algunas mujeres por tener hijos, en gran perjuicio de su salud y de su vida y aun de su conciencia. Las que están en esta aflicción y afán, querría que considerasen, ante todas cosas, que Dios solo es el que puede dar los hijos, y que sin Él, ni el marido, ni los remedios, medicinas ni bebedizos ni otra cosa alguna puede dar sér á lo que no tiene sér, ni formar el cuerpo humano en las entrañas de la madre, y mu-

(1) Gen., xxx.  
(2) 1. Reg., i.

cho ménos infundir en él el ánima racional, que se cria de nada. Sabiendo esto la mujer cristiana, debe conformarse con la voluntad de Dios, y tomar con agradecimiento lo que le da de su mano, y no affigirse por lo que no le da, pues á quien dan (como dice) no escoge, porque de otra suerte tambien podria affigirse por no ser tan hermosa, ó tan noble, ó tan rica, ó tan agraciada, estimada y servida como otras; que sería una desatinada congoja, pues el Señor reparte sus dones como es servido. Lo segundo, considere que lo que le parece azote y castigo de Dios, por ventura es gran merced y señalado beneficio que le hace; porque con este solo dolor la libra de otros innumerables y más desmedidos y crudos dolores que no es éste; porque la libra de todas las molestias, dolores y peligros que tienen las mujeres cuando están preñadas y cuando paren, que son tantos, que solas ellas, que lo pasan, lo saben y dignamente lo pueden llorar. Pues despues de haber parido, ¿quién podrá contar los cuidados, temores y pesares que combaten el corazón de la pobre madre? ¿Qué recelo tan continuo y qué sobresalto tan congojoso, que al hijo no le suceda algun desastre, que no sea travieso y vicioso, que las malas compañías no le perviertan, que no haga ó reciba algun daño, que no se vaya ó no se pierda, ó en fin, que no se muera? Cuando el hijo es niño, hay una perpétua solicitud en criarle; cuando ya grandecillo, un continuo cuidado y sobresalto en guardarle; si es desobediente, una entrañable tristeza; si bueno y sosegado, una terrible cruz, por el temor que siempre tiene la madre de perderle. Pues ¿qué diré cuando el hijo nace tuerto ó ciego, cojo ó manco, sordo ó mudo, corcovado ó contrahecho, loco ó feo, ó con otras tachas que se ven cada dia y cada hora, aun en los hijos de los señores y príncipes y de los que se tienen por bienaventurados? No digo nada de los cuidados, angustias y peligros que traen consigo las hijas en criarlas, guardarlas y casarlas, ó ponerlas en estado, y más si son muchas y los padres pobres, que es otro dolor y amargura intolerable. ¿Qué pocos son los niños que salen buenos y son alivio y consuelo de sus padres! ¿Cuántos más son los que les dieron gran contento en su nacimiento, y mucho mayor con su muerte? ¿Cuántos nacieron para cruz y tormento de los que los engendraron, para deshonra de sus casas, para destruición de la república, para infamia de todo su linaje, y para perdición suya propia y escándalo de todos los que los conocen; los cuales con sus calamidades y tristes sucesos convirtieron todo el placer de sus madres en penas, todo su gozo en angustia, y el gusto que tuvieron cuando les dijeron que habian parido un hijo, en llantos, sollozos y gemidos, faltando ántes en ellas el espíritu para vivir que el sentimiento para llorar tantas lástimas y miserias y afrentas como vieron por sus hijos en sus casas? Si se pudiese pintar en un retablo todos los trabajos, dolores, cuidados, temores y miserias que pasa una triste madre con sus hijos, ellos solos bastarian, aunque

fuesen pintados, para desengañar á la casada que no los tiene, y para darle á conocer la merced que Dios le hace en no dárselos; porque el no tenerlos es un dolor solo, y el tenerlos, muchos. Y como dijo un sabio (1), es un infortunio afortunado, ó una desdicha dichosa é infelicidad feliz. No quiero hablar aquí de los hijos que fueron tan crueles y detestables, que dieron la muerte á los que les habian dado la vida, y matando á sus padres, dieron motivo á los legisladores y gobernadores de la república para escribir leyes y buscar nuevos linajes de penas exquisitas para castigo de tan extraña maldad; porque éstos son monstruos de la naturaleza. Y aunque ha habido algunos que han cometido este delito tan inhumano y aborrecible, son pocos, y no es bien que espantemos á las madres que mueren por tener hijos, con estos ejemplos, que son raros; mas lo que vemos que pasa en las casas de nuestros vecinos, tambien podrémos temer que vendrá por la nuestra, y que los hijos no saldrán tan á gusto como deseamos, especialmente en un siglo tan estragado y de tan disoluta y desenfundada juventud, que tiene suelta la rienda á sus apetitos y perdido el respeto á las canas, y está olvidada de su obligacion natural, y de la reverencia y obediencia que los hijos deben á sus padres. Y si alguna madre fuere tan dichosa, que no haya visto las calamidades que vieron otras madres en sus hijos, y hubiere pasado esta navegacion prósperamente, y llegado, á su parecer, al puerto, por tener ya algun hijo salido de la primera edad, quieto, obediente y virtuoso, y como una rosa ó clavellina en la flor de su juventud, acuérdesese cuán fácilmente se le puede Dios quitar (y lo suele hacer algunas veces), y secarse con cualquiera viento y helada esta flor, y en el mismo puerto dar al traves el navío; y que en tal caso se siente tanto más la pérdida del hijo, cuanto más segura parece que estaba la posesion dél. Como el labrador siente más pena cuando los panes ya espigados se anieblan que no cuando no nacen. Para excusar esta pena y dolor tan terrible, no hay mejor remedio que no pedir los hijos absolutamente á Dios, ni querer más de lo que Él quiere, para que no falte nuestro contento y felicidad, por faltar lo que en ella estaba fundado. Lo tercero, querría que considerasen las que se afligen con este deseo, qué causa les puede mover para desear con tanta ánsia lo que desean; porque si es querer conservar el mundo y el linaje humano, de su parte, con la multiplicacion de los hijos, crea que el Señor, sin ellos, le podrá y sabrá conservar, y que no tiene necesidad de su espiga, teniendo tan grandes y tan copiosas mieses. Si le parece que es género de castigo y maldicion el ser estéril, engañase, porque, aunque en la ley vieja era tenida por maldita la estéril, en la ley de gracia, en que ahora vivimos, la virginidad lleva la palma y es preferida al matrimonio. Si le parece que con no tener hijos carece de fruto de bendicion y del fin del matrimo-

(1) Eurípides.

nio, y que faltándole estas prendas de amor y vinculo de más estrecha benevolencia, su marido no la amará tanto ni la querrá bien, consuélase con lo que habemos dicho, que Dios es Señor de todos y de todo, y reparte sus dones como es servido; confórtese con su voluntad, y procure amar y estimar y regalar y servir más á su marido, y desvelarse en darle contento, porque la falta de los hijos se supla con estos servicios y regalos; que desta manera, aunque falten los hijos, no faltará el amor que siempre debe haber y hay entre los buenos casados. Jacob más queria á Raquel, aunque era estéril, que no á Lia, que paria; y Elcana amaba más á Ana, madre de Samuel, el tiempo que fué estéril, que no á Fenena. ¿Por ventura Abraham no amaba mucho á Sarra, su mujer, ántes que tuviese della á Isaac, porque era estéril, ó los padres de Sanson no se amaban porque no tenían hijos? Lo mismo podemos decir de Zacarías y de santa Isabel, y de Joaquín y de santa Ana, y de otros santos y perfectos casados, á los cuales la esterilidad y falta de los hijos no los hizo estériles y faltos en el amor y caridad que los buenos casados deben tener entre sí. No quiero decir por esto que la casada no desee hijos, y que no los pida á nuestro Señor, y le suplique que riegue sus entrañas estériles con su gracia, y le dé hijos que le sirvan (y aunque tome algunos medios naturales seguros que para esto le puedan ayudar); pero lo que le pretendo persuadir es, que este deseo no sea demasiado é impaciente; que no se aflija y desespere; que no acuda á hechiceros y mujeres locas y desatinadas; que no tome brebajes ni bebedizos peligrosos; que sepa que todos los remedios que tomáre, si Dios no pone su mano, no le pueden aprovechar ni debe confiar en ellos, y que si confia en Dios y espera dél su remedio con sufrimiento y blandura de corazón y confianza, el Señor se le dará, si fuere para gloria de su divina Majestad y para bien suyo y de su casa; y no habiendo de ser esto, no tiene para qué desear los hijos, pues no los habrá, y si los hubiere, serán sus verdugos, su tormento y su cruz, y por ventura medio para su condenacion.

#### CAPÍTULO XIX.

De los desabrimientos que hay entre los casados.

Con ser tan grande la aflicción y tristeza que tienen los casados, especialmente las mujeres que son estériles y no tienen hijos, es mucho mayor tribulacion y más para llorar, cuando entre los mismos casados hay poca conformidad, y della nacen desabrimientos y disgustos y amarguras; porque no sé yo qué mayor mal puede haber (de las tejas abajo) que hallar guerra donde debria haber suma paz, y division en tanta union, y hiel en la miel, y tósigo en la medicina. Pues para hablar desta materia, y dar remedio y consuelo á los mal casados, se ha de presuponer que las causas desta discordia y poca conformidad, muchas veces salen de la mala raíz y del mal pié con que se entró en este santo sacramento, por haberse hecho el matri-